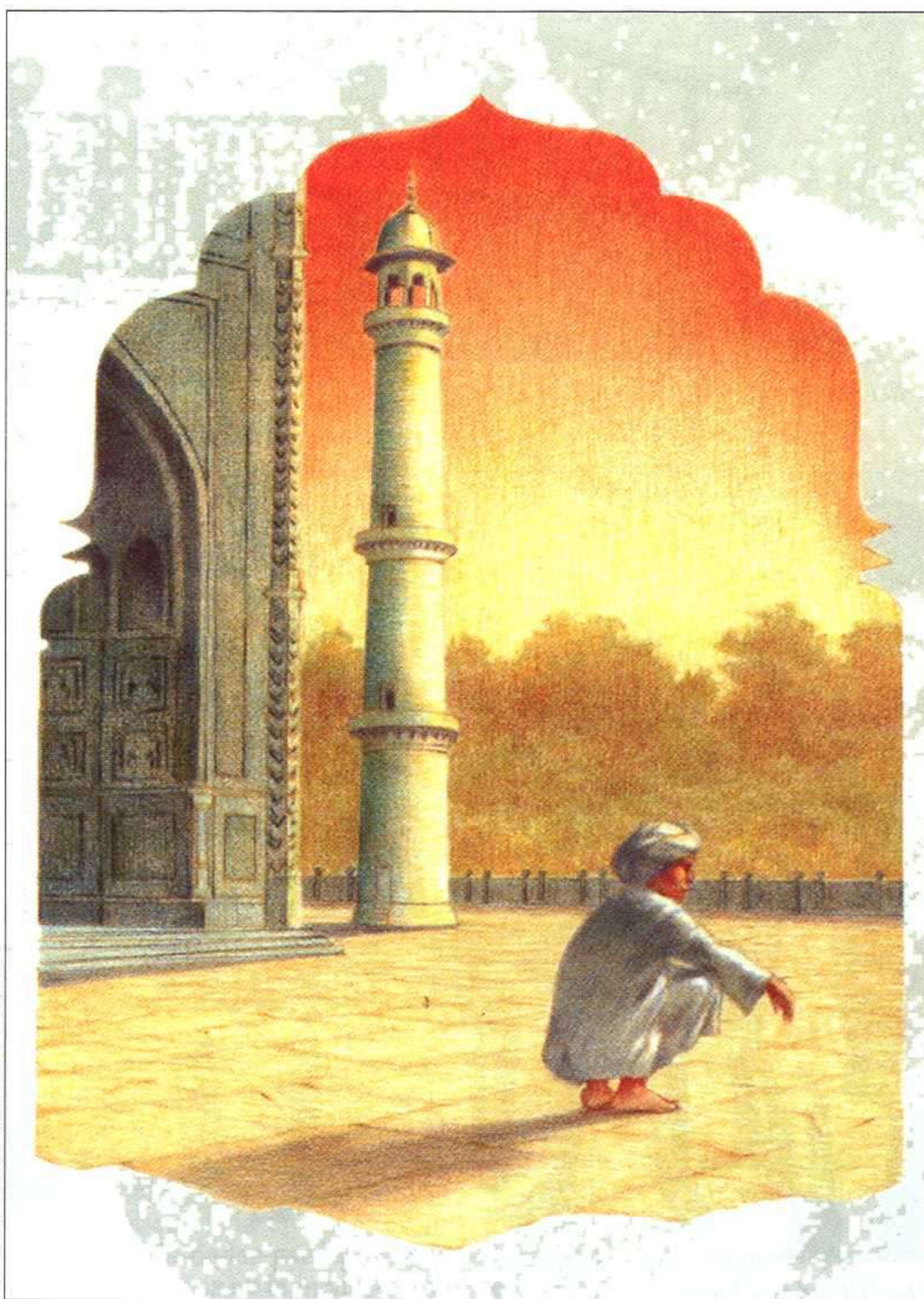


RUDYARD KIPLING

«Kim» o la India perdida de Kipling

por Eduardo Alonso*



FUENCISIA DEL AMO, KIM, VICENS VIVES, 2000.

Kim está considerada una de las mejores obras de Kipling. En ella encontramos, por un lado, la recreación de un país fantástico, animado y extraño, la India que conoció el escritor en su niñez y que evoca aquí para nosotros. Y, por otro, la peripecia vital de Kim O'Hara, un pícaro, que busca acomodo en una sociedad tan compleja como la de la India hacia 1885, en pleno apogeo colonizador del reinado victoriano. Novela picaresca, de aprendizaje, documental, muchos y diversos calificativos que retratan en parte esta obra magnífica, un inventario sentimental de la infancia perdida del autor.

Rudyard Kipling publicó *Kim* en 1901, justo en el *mezzo del camino* de su vida, pues vivió otros 36 años. Escribió la novela muy deprisa, sin apenas consultar documentos. No lo necesitó, porque contaba con los mejores aliados que puede tener un novelista: la memoria y la fantasía. Hacía años que le tentaba la idea de escribir una novela picaresca y había repasado con su padre muchos detalles de la historia entre humo de tabaco y sorbos de whisky, pero tuvo que esperar hasta que la memoria madurase sus frutos y dominar el oficio para amoldar la fantasía al rigor del relato novelístico.

Kim es fruto de un inventario sentimental al que se vio impulsado cuando abandonó la India con la sospecha de no volver. Se canta lo que se pierde, decía Antonio Machado. Aunque Kipling era un hombre reactivo a cualquier intrusión en su intimidad, en esta ocasión dejó fluir el tiempo de la memoria, su tiempo perdido: el jardín de la casa de Bombay, los criados que le enseñaron la lengua indostánica, la niñera que le contaba historias fabulosas, la ciudad de Lahore con sus mezquitas, bazares, el museo donde trabajaba su padre, los valles y picos del Himalaya... Sin embargo, no hay que buscar en esta novela anécdotas personales del autor, sino su código de valores y la manera de contemplar un país tan grande y bullicioso como la India.

Inventario sentimental

Kipling hace este balance sentimental cuando ya ha fijado las bases sólidas de su madurez. Está casado, tiene dos hijos y es un escritor con prestigio y popularidad. Cuando escribe *Kim* ya ha dado la vuelta al mundo, y goza de acomodo literario. El periodismo en Lahore, entre 1882 y 1889, le había permitido conocer ambientes y tipos del Panjab y de Simla, donde veranea, que reflejó luego en *Cuentos de las colinas*, *Canciones del cuartel*, y el famoso *Libro de las Tierras Virgenes*. La novela *Kim* es un compendio de evocaciones infantiles y un colorido muestrario vital, hilvanados en la peripecia de un muchacho que elige la acción en vez del ascético ideal del lama tibetano. Antes de esa novela Kipling ha-



La Ley del hombre blanco en acción.



Soldados del ejército hindú del siglo XX.

KIM, VICENS VIVES, 2000.

KIM, VICENS VIVES, 2000.

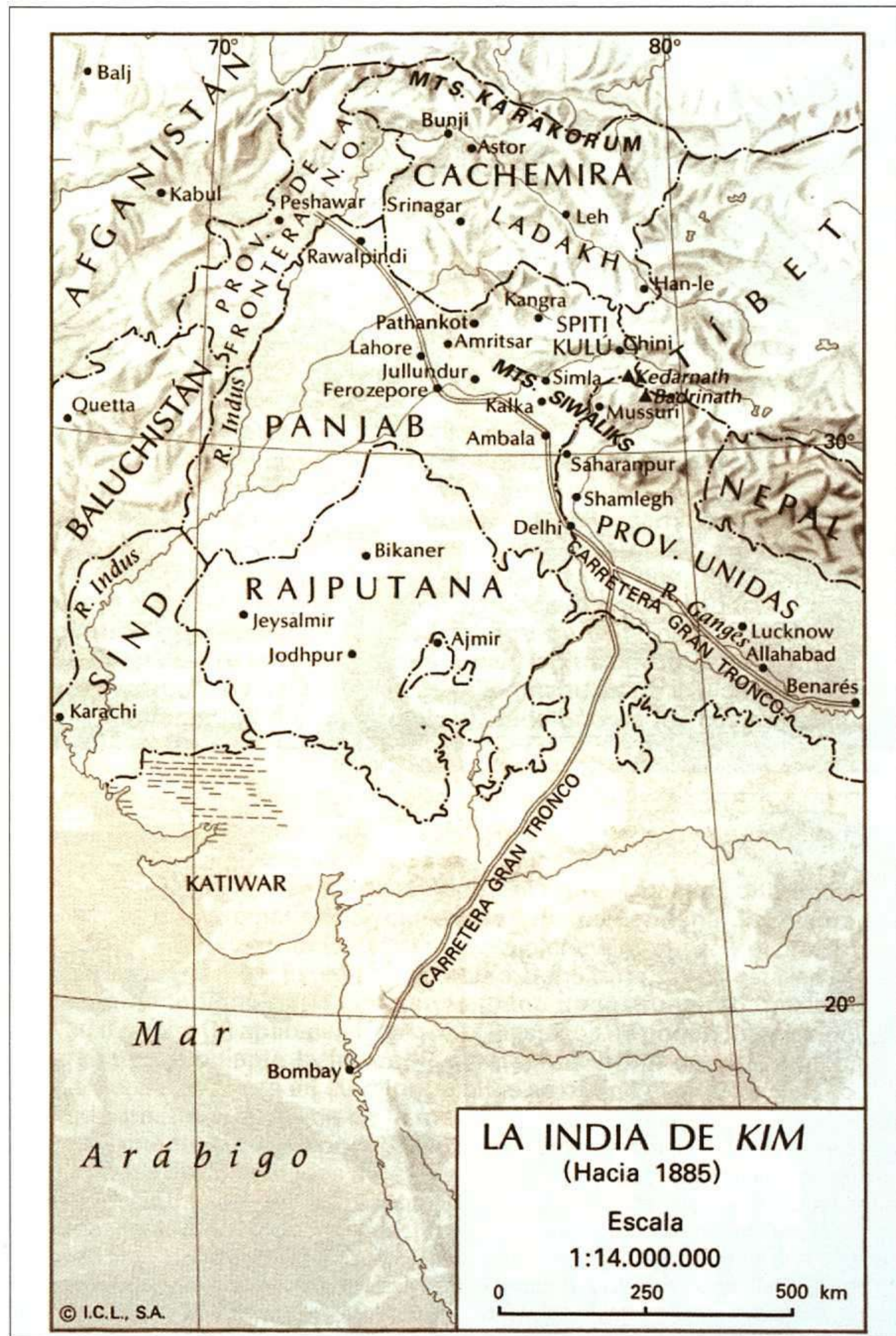
bía publicado libros de poemas. *Kim* es también un libro con resonancias poéticas, como en el modo ingenuo de ver el mundo desde la perspectiva del monje budista o en la descripción emocionada de las montañas y valles del Tíbet. *Kim* es, asimismo, una novela de ambientes y escenarios: campos y ciudades, trenes y estaciones, campamentos militares y monasterios, cabañas y casas acomodadas, el espectáculo de la Gran Carretera... Kipling había observado esos mundos variados con la atención del periodista. Se trata de una novela documental, aunque el documento es parcial, incompleto. No se juzga el conflicto de una sociedad sometida a unos colonizadores que imponen otros valores, otros códigos, otra moral y otros usos, que llevan progreso y leyes, al mismo tiempo que injusticia y violencia.

El marco histórico

¿Qué referencias a la realidad histórica hay en *Kim*? Pocas. La peripecia de la novela puede datarse hacia 1885, en el apogeo colonizador del reinado victoriano en la India. En sus primeros relatos, Kipling se había propuesto contar a los ingleses ese mundo lejano como una aventura heroica y romántica.

«Cantemos a los grandes hombres...
Desde Egipto hasta Troya,
en el Himalaya,
nuestras bandas desfilaron,
llegaron hasta Brasil,
al Pacífico lejano,
a la China...»

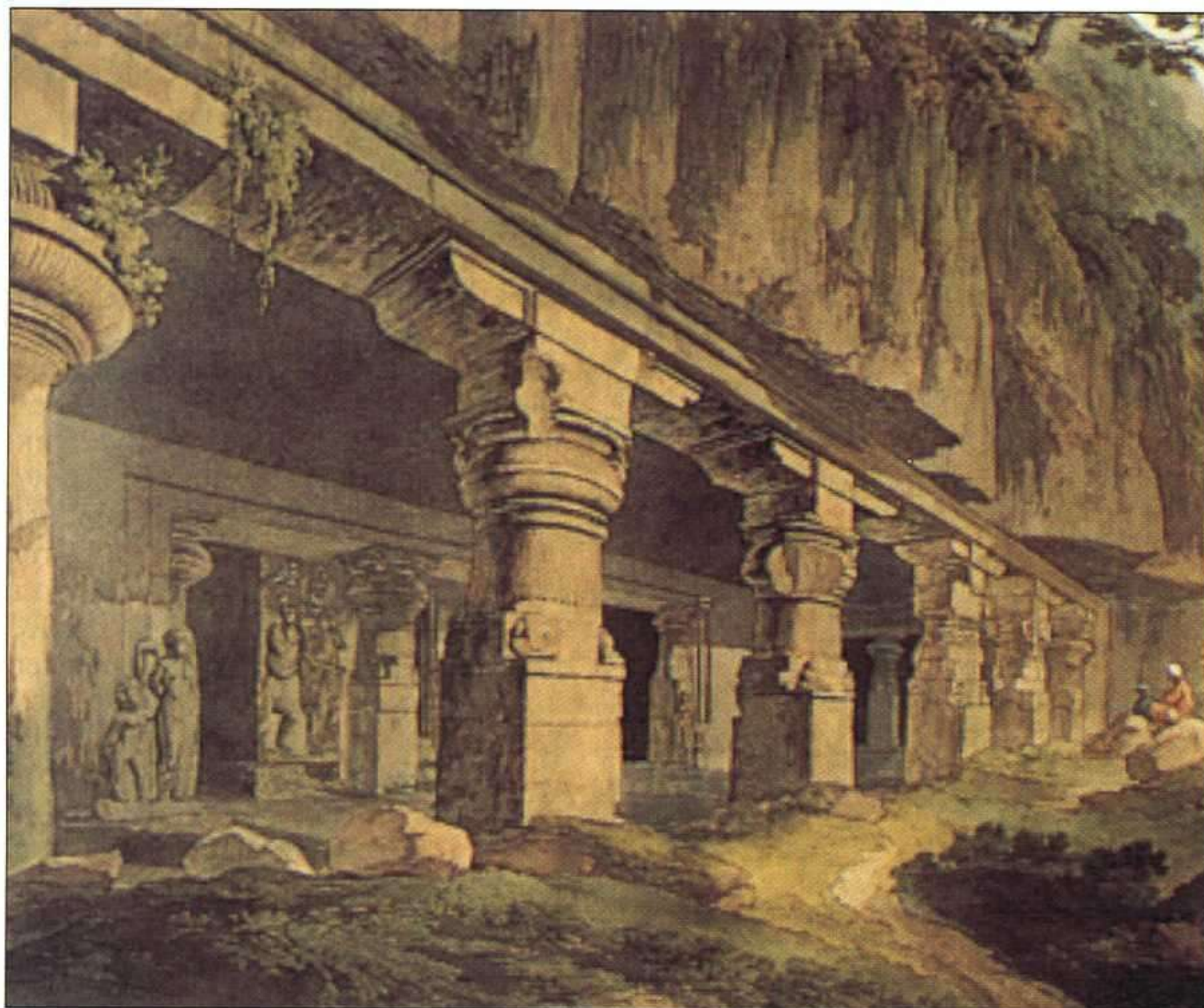
Se ha dicho que fue un agente publicitario del Imperio. No mostró una identificación emotiva plena con los dominadores, pero fue transigente con la opresión y brutalidad de la «colonización». Tuvo una actitud paternalista y una visión tranquilizadora del proceso. Para Kipling, los británicos traían civilización y leyes, y sin ellas reinaba el caos, la tiranía y el peligro de invasiones extranjeras. La Ley impone reglas de disciplina y de obediencia en todo, en la selva y en la vida de las naciones. «La sociedad india se basa en la incuestiona-



Mapa de la India de Kim.

ble obediencia a un sistema de normas», las militares, y las administrativas que imponen los británicos, y las religiosas del hinduismo. Ve la India compuesta de dos estratos sociales: nativos y *sahibs* (trata-

miento que se le daba a los europeos); los indígenas pueden aspirar a ser «semisahibs» al servicio de oficiales británicos. Este criterio lo llevará al concepto universal de «la Ley».



Estos templos hindúes excavados en la roca, en Ellora (la India central británica) están adornados con esculturas de dioses, diosas, personajes importantes y animales desbordantes de vida (siglos VIII y IX).

Pero la acción supone violencia. Es difícil justificar la dominación en nombre del orden, de la Ley, si se producen acciones. Lo intenta el viejo soldado que intervino en la represión de la sublevación cipaya de 1857: «Si no se matase de vez en cuando a los malos, este mundo no sería muy bueno para los soñadores que van sin armas» (cap. II). Los malos son los que ponen en peligro esa dominación, sean espías extranjeros o indios amotinados. Tampoco Kipling entendió la primacía de los intereses económicos que hay en toda empresa colonizadora. Con todo, su propósito fue más literario que político, aunque para Orwell fuera «el profeta del imperialismo británico en su fase expansionista».

En *Kim* tiene escasa importancia la referencia al mundo de los ingleses; sólo aparecen unos cuantos personajes ocasionales: el coronel Creighton, los dos capellanes, el superintendente de policía, los padres de Kim. Y sólo dos ámbitos, el colegio de Lucknow y el campamento militar, con relativo interés documental. Ni clubes, ni oficinas, ni familias, ni ambientes ingleses, ni relación de administradores con nativos. Pero sí es importante el Servicio de Espionaje, aunque se toma en cierto modo como un juego de chicos, para excitar la emoción romántica del riesgo y la novedad. Sin embargo, hay que conocer los presupuestos de Kipling, pues en el trasfondo hay una referencia histórica. Los rusos habían tomado, en 1884, el centro comercial de Merv, en la frontera afgana y, como reportero, Kipling relató esos sucesos y otras escaramuzas como reportero. La comunidad británica del Panjab temía una invasión de las fronteras y veía sus intereses comerciales en peligro. Incluso muchos creían que se cernía una amenaza para toda la India, lo que sin duda era una suposición infundada. Desde esos presupuestos, los espías ruso y francés son «los malos» no sólo de una intriga novelesca, sino agentes de un peligro real. El Servicio Secreto protege a toda la India, y esa función necesaria justifica sus procedimientos. Kim O'Hara elige ingresar en él, para lo que disponía de condiciones formidables. Es hijo de blancos y «amigo de todo el mundo»: en el cap. I, juega con



En el panteón hindú de los dioses, Siva es el dios de la vida y de la muerte. Su danza simboliza el ciclo de la reencarnación.



Este aldeano, aguador, equilibra sobre sus hombros dos recipientes de agua.

un mahometano y un hindú, pero él es quien manda. El Servicio de Espionaje es un Juego... en el que manda un *sahib* (tratamiento que se le daba a los europeos); por eso el *badú* (indio con educación inglesa) Hurree Chander sólo puede aspirar a ser *semisahib* como todos los indios con educación occidental, y representa a una inquieta clase media colaboracionista, pero que con el progreso educativo demandará avances políticos concretados en un incipiente nacionalismo. El otro espía, Mahbub Alí, es un tipo pintoresco y tunante, y la moralidad de sus acciones —«he visto bastante sangre en mi vida»— parece importar poco, porque es un agente útil a la causa y trata a Kim paternalmente. En definitiva, Kipling propone más una lectura novelesca y curiosa por el espectáculo cotidiano de la India, que cualquier interpretación crítica sobre el sistema colonial.

La intriga

La historia de *Kim* se organiza en episodios al modo picaresco —opinión que no compartía Borges—: un niño va de un lugar a otro, se vale de sus mañas o del robo —aunque Kim no roba— para sobrevivir, sirve a diversos amos y busca un acomodo en la sociedad.

Origen miserable e inmoralidad familiar

El retrato de los padres encabeza el relato picaresco. Kim es un niño irlandés huérfano. Su padre murió en la miseria, borracho y drogadicto. Su madre, una criada, murió de cólera. Kim vive de la caridad, de la limosna, de sus artes y de sus trabajillos de recadero. A Lazarillo su madre le deja en herencia un consejo: «Válete por ti mismo». A Kim, su padre le dejó una bolsita con dos papeles, un amuleto y una vaga profecía: que le esperaba un toro rojo en un campo verde.

El vagabundeo

La novela picaresca es un relato de caminos, *in itinere* (*on the road*, dicen en Hollywood). El pícaro va de aquí para allá. Kim también. Guía al monje budista por pueblos, carreteras, campos y ciudades, entre el «rugiente torbellino de la India», un mundo que para el maestro es grande y terrible. Después, cuando ingresa en el Gran Juego, el Servicio de Espionaje británico, proseguirá su viaje de un lugar a otro. La precisión toponímica es tan rigurosa que sobre el mapa se puede reconstruir el itinerario general: Lahore, Ambala, Lucknow, Benarés, otra vez las aldeas de Panjab, Saharanpur, Shamlegh —en el Himalaya—, Simla, Saharanpur.

El servicio a varios amos

La historia se desarrolla a partir del encuentro de Kim con el monje budista Teshe. No es exactamente una relación

picaresca de amo y criado, pues no se basa en la enemistad ni en la trampa, aunque el lama vive un poco engañado al principio sobre Kim. Por el contrario, la relación se basa en el afecto, en la filiación espiritual, en la ayuda mutua. Kim guía, como un lazarillo, a un anciano desvalido y que desconoce la realidad. El monje enseña a su *chela* su sabiduría. Les une un mismo proyecto ilusorio: el lama busca la fuente de la sabiduría, el Río de la Flecha; Kim, el Toro Rojo, la bandera de regimiento de su padre. El lama, como «amo», protegerá a su vez a Kim al costearle su educación en el colegio.

Los otros «amos» de Kim, protectores e instructores, son el coronel Creighton, jefe del Servicio de Espionaje —de Inteligencia, se diría hoy con eufemismo curioso— y los dos agentes del Gran Juego, el tratante mahometano Mahbud Alí y Hurree, el *badú*. Aunque este servicio no está exento en ocasiones de un trato cordial, es mucho más picaresco. Kim es un pícaro que sirve a otros pícaros, y el Servicio de Espionaje es una escuela de picardías. Entre ellos se apoyan por interés y por conveniencia.

Una intriga de viaje y zascandileo tiene que estar motivada por principios que rijan su maquinaria. Son básicamente tres:

— Búsqueda (caps. I-V). El lama busca el Río de la Flecha. Kim, el Toro Rojo en campo verde.

— Preparación (caps. VI-X). Kim se forma, para ingresar en el Gran Juego, en el colegio, con el tratante, con el curandero de perlas Lurgan y con el agente Mahbud Alí.

— Experimentación (caps. XI-XV). El lama y el Gran Juego coinciden primero en el tren con el agente que se disfraza de *sadhu*, y luego, en las montañas del Tíbet, con los espías extranjeros.

Por tanto, el movimiento de la intriga se organiza en tres procesos, comunes al lama y al discípulo, al *chela*. El primero encuentra al final su objetivo, la liberación. Kim, su condición de *sahib* en el Ejército británico. Parece una intriga cerrada, aunque no todas las expectativas quedan satisfechas. Se han puesto reparos al desenlace.



Porteadora de tortas de estiércol como las que utiliza Kim para hacer fuego.

KIM, VICENS VIVES, 2000.

De niño a hombre

Kipling es un maestro del cuento. La técnica del relato breve obliga a perfilar un personaje en pocas líneas, dotándolo de unos atributos que lo singularicen. Pero una novela exige que los protagonistas vivan un proceso vital, cambien y se transformen. Kim y el buen monje Teshu se lanzan a los caminos a la busca de un destino. El proceso de búsqueda supone un aprendizaje para alcanzar el fin deseado. En ese proceso de conoci-

miento del mundo y de información cambian y se transforman. Los demás personajes son estáticos y planos, tipos.

Casi al final, el lama, envuelto en la «nube roja del afecto», enjuicia así a su *chela*: «... tranquilo, bondadoso, inteligente, voluntarioso, de alegre corazón, sin olvidar nunca nada, instruido, fiel y cortés». Un verdadero émulo de Ananda, el discípulo predilecto de Buda. Pero, ¿es así Kim? Mahbud Alí, el espía C-25, que lo conoce antes que el lama, reduce esa relación de virtudes: Kim sólo tiene algunas. La clave de este personaje es precisamente su identidad problemática. Hay una situación previa —la infancia de Kim, que ocupa tres páginas—, y un momento final, cuando Kim ha decidido su destino y es ya un hombre. En el medio, la historia de una (trans)formación; hasta los 13 años es el periodo de la infancia callejera de Kim; de los 13 a los 17, el aprendizaje con el lama, en el colegio y con los espías, que le ofrecen varios destinos; y, al fin, a los 17, decide su futuro: es un *sahib*, y se enrola en el Servicio Secreto.

La escuela de la calle

La infancia huérfana y callejera de Kim en Lahore determina sus atributos permanentes: es vitalista, curioso, suspicaz, astuto, oportunista, halagador, y servicial. La lucha por la vida exige que ponga a prueba estas artes. Se granjea el sobrenombre de «amigo de todo el mundo» y tendrá para siempre predisposición para la aventura: «De vez en cuando Dios hace que nazcan hombres, y tú eres uno de ellos, que sienten una profunda pasión por las acciones en las que se expone la vida a cambio de averiguar cosas». Junto a esta curiosidad por la novedad está su moral de conveniencia y su amor a la vida: «Éste es un mundo maravilloso», repetirá más de una vez.

La formación del adolescente

Kim se instruye con sus «amos», sus maestros: el lama por un lado, y los espías por otro. Son entre sí incompatibles y conforman el conflicto de identidad del Kim adolescente. «¿Quién soy yo?», se pregunta a menudo. Vive el conflicto de la personalidad inacabada, de la identidad confusa y escindida: ¿es indio o británico, blanco o «negro», *sahib* o...



Lamas tibetanos.



Indios de baja casta (parias).

nadie? Este proceso ocupa casi toda la novela, a lo largo de tres o cuatro años.

Kim se une al monje budista por curiosidad: «El lama era un nuevo hallazgo y deseaba tomar posesión de él». El lama ofrece a Kim una filosofía de la vida incompatible con la acción violenta: «Abstenerse de la acción es conveniente, excepto para adquirir mérito». Le ofrece una perspectiva para juzgar el mundo, y una explicación de la existencia: la Rueda de la Vida. Le ofrece, en fin, una meta: alcanzar el nirvana; y un premio: la trascendencia feliz.

Esa vida contemplativa y libre nada tiene que ver con la aventurera y activa del «cadenero», es decir, del «hombre-eslabón» enrolado en el Servicio de Espionaje. Pero las cualidades de Kim lo capacitan para ser un magnífico espía. El Gran Juego es como el polo «y no ha nacido en mil años mejor potro que Kim para ese juego», dice Mahbub Alí. Sólo le falta la doma. Esa instrucción la recibe en el colegio, con Mahbub Alí, con el *sahib* Lurgan y con Hurree, el *babú*, bajo la supervisión del coronel Creighton. En el colegio, Kim aprende inglés, matemáticas, historia, topografía. Con el *sahib* Lurgan, brujería y técnicas de camuflaje. Con los agentes, experiencia práctica. Todo ese aprendizaje es incompatible con las enseñanzas del lama: «En cuanto vuelvo a ser tu discípulo —le dije al monje— dejó todas esas cosas».

«Los *sahibs* no lo saben todo», le advierte el santo de Bhotiyal. Esta otra opción vital lo convierte en un eslabón de la cadena de espías, necesaria al Gobierno británico para ejercer el poder. El premio es poco concreto: un sueldo, el riesgo de la aventura, el poder de un *sahib* sobre los indígenas, pero también el disfrute de la vida y de sus placeres.

El desenlace

El lama cree que ha ganado para sí y para Kim la liberación. Pero Kim es un *sahib*, un espía enrolado en el Gran Juego. En la novela picaresca española, las circunstancias condicionaban la suerte del personaje: su origen pobre e inmoral en una sociedad rígida lo lanzaba a la deriva, a la delincuencia. La herencia era su *fatum*. El destino de Kim es también su origen, la fuerza de la sangre, el legado paterno: hijo de *sahib*, será *sahib*, y pertenecerá también al Ejército, aunque en la sección de espionaje.

¿Nos defrauda Kim al elegir sin reservas el sistema «superior» de los británicos? Quizás en parte. Pero el futuro de Kim, a sus 17-18 años, es una incógnita, y lo novelesticamente importante su *vidura*, su conflicto de identidad, que bien pudiera parecer un símbolo, como en el caso del *badú*, de la India: un país oriental con un influjo europeo, y por tanto con un hibridismo problemático, quizás imposible.

Conflicto de identidad

Kim se plantea el problema de su propia identidad por vez primera en el cap. VII: «Se puso a meditar sobre su propia identidad, cosa que nunca había hecho hasta entonces». A partir del cap. IX es ya una auténtica preocupación y, desde el XI, advierte que es su «gran problema».

«¿Quién soy yo? ¿Musulmán, indio, jainí, budista? Es difícil de averiguar» (cap. IX).

«Soy un *sahib*...» (cap. IX).

«¿Quién es Kim... Kim... Kim...? (cap. XI). «Yo soy Kim, Kim, Kim, solo, en medio de todo esto» (cap. XII).

«Yo soy Kim. Yo soy Kim. Yo soy Kim. ¿Y quién es Kim? —su alma repetía esta pregunta sin cesar» (cap. XV).

Al final del libro todavía se sigue preguntando quién es, y busca en la reiteración de su nombre, en la magia de la palabra, una convicción segura. El conflicto de Kim se manifiesta en su identidad india o británica, en la práctica, imposible de aunar. Hay indicios de esta confrontación en:

— *El conflicto de lenguas*. Kim, según la conveniencia o circunstancia o su inclinación sentimental, unas veces habla, piensa y hasta sueña en urdú, y otras en inglés. Cuando cae en manos del Ejército británico, su primer mal paso, la magia



KIM, VICENS VIVES, 2000.

nocturna de Benarés consigue que esa misma noche soñara «en indostaní, sin emplear una sola palabra en inglés».

— *El conflicto de gustos y costumbres.* La capacidad de Kim para adaptarse, como cualquier pícaro, y la destreza para disfrazarse, le permiten adoptar costumbres indias o británicas. Estos indicios externos muestran hacia dónde se inclina en cada instante su identidad confusa. Además del atuendo que adopta, como los

orientales tiene poca afición a la carne, se abandona plácidamente al transcurrir del tiempo y a la suerte; se sumerge en el desorden con sumo placer; miente como cualquier oriental; relata con el tono apacible de los nativos; es indiferente al ruido; y se pone en cuclillas.

Y como los británicos, siente horror a las culebras, impaciencia, curiosidad, orgullo y soledad.

— *El conflicto de la dedicación.* Como

se ha indicado, la elección de destino le supone una conformación diferente de la personalidad —humilde/orgullosa, etc.—, de identidad social —los británicos discriminan, pero para «los que siguen la senda no hay blancos ni negros, indios ni botiyas»—. Actuar o no actuar, ése es el problema.

«—¿Toda acción es mala? —preguntó Kim acostado bajo un árbol en la bifurcación del camino de Dun [...]

—Abstenerse de la acción es conveniente; excepto cuando se hace para adquirir mérito.

—En las Puertas de la Sabiduría nos enseñan que abstenerse de la acción no es digno de *sahib*. Y yo soy un *sahib*.»

En fin, esa alternativa es disfrutar del mundo «donde gira la Rueda misma comiendo, bebiendo, comerciando, casándose y peleando... todos humanamente vivos», o la renuncia. Para el lama, el mundo es ilusión; para Kim, un incentivo hermoso y apetecible, lo cual no quiere decir que el lama no se emocione con las maravillas del universo, con el amor a las criaturas y con el afecto a muchas gentes.

El lama Teshu, un santo tibetano

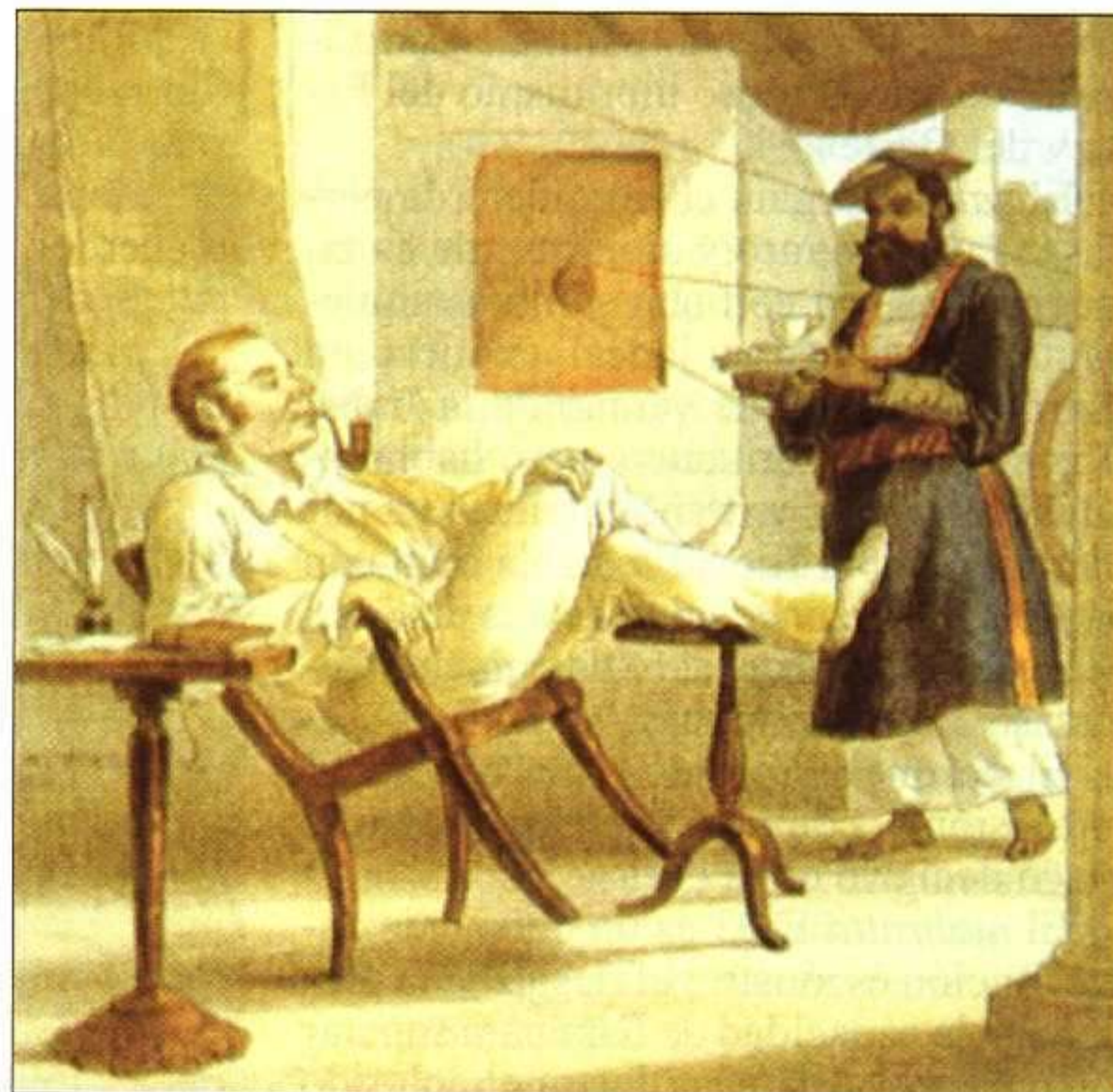
Es «un santo, por sus palabras y acciones», dice Kim de él. Este santón tibetano es el retrato de la bondad espiritual, sin nada sobrehumano. Es el personaje más entrañable del libro.

Es una figura con proyección mítica: viene de la montaña, peregrina en busca de un Bien desconocido, enseña una manera nueva de vivir en el mundo y trae un mensaje salvador. Se lo dice al sabio del museo: «Como no sigues la Ley, el misterio queda oculto para ti». Pero es también una figura de proyección épica, quijotesca —con la salvedad de que nunca es ridículo—, y, por tanto, sublime: aspecto llamativo, con un «escudero» y con un ideal iluso.

— *Sus atributos externos:* anciano, de casi seis pies de altura, cara amarilla y arrugada, ojos oblicuos y estrechos que brillan como cuentas de ónice —símbolo de su fe iluminadora—. Túnica, gorro rojo inmenso, estuche de lápices y un rosario.



Un sacerdote brahmán predicando.



Escena de la vida diaria de la colonia británica.

— *Sus atributos espirituales*: la fe («La búsqueda no puede fracasar», repite sin desmayo; «Si fuese necesario, el Río brotará del suelo ante nosotros»). La caridad, la compasión, el amor a todo (incluso a la serpiente), la humildad, la sinceridad («¡Nunca mintió!»), lo que deja estupefacto al tratante, Mahbub Alí, la tolerancia (respeto todas las religiones), la gratitud. En fin, es ingenuo, amable, tímido y paciente.

Pero el lama tibetano sufre vacilaciones — «La nave de mi alma zozobra», le gusta decir—, tristezas y alegrías, las dudas, las luchas contra el deseo —el placer de lo material: «Todo deseo es ilusión, todo deseo es rojo y pernicioso»—. La subida a las montañas del Tíbet es un error, pues lo aparta del Río de la Flecha. El afecto que siente por Kim es muy emotivo.

— *El método* del lama es adquirir mérito con la caridad, la oración y las buenas acciones, como pagarle el colegio a Kim.

— *Su destino* es encontrar el nirvana, la liberación del deseo de lo material, pues, entonces, «el alma pasa más allá de la ilusión del tiempo, del espacio y de las cosas». Como símbolo de su búsqueda espiritual intenta localizar el Río de la

Flecha, con el agua purificadora del pecado y del mal.

También el lama es un personaje dinámico: su proceso de transformación culmina al alcanzar la santidad. Y a lo largo del relato, siempre digno, humilde y bueno, lo vemos experimentar el proceso de una última entrega vital a una quimera.

Los espías

A diferencia del lama, Mahbub Alí es un hombre de este mundo, un trujimán. Chalanea con caballos y con todo lo que puede. Carece de escrúpulos, busca su beneficio. Es descreído: para él las religiones son como los caballos, de todas se puede sacar algún provecho. Es blasfemo, incumple las normas de la religión musulmana —bebe alcohol— o las sigue en ocasiones. Es glotón y vividor, entregado a amores casuales. Es cruel o complaciente, intrigante, astuto, y muy desconfiado, pues opina que los «corazones son como los caballos: van y vienen en contra del látigo y de la espuela». El lenguaje de este afgano corpulento es muy malicioso, lleno de colorido por los proverbios persas que emplea tan a menudo.

Es algo viejo, por eso se tiñe la barba de rojo. Quiere a Kim paternalmente, le regala un traje valioso y un revólver. Defiende a Kim de los ritos de Huneefa y del rigor del coronel. Se entiende muy bien con Kim: «Hijo mío, qué necesidad hay de palabras entre nosotros».

El *babú* Hurree Chunder es un espía que cae en gracia al lector. Su caracterización es pintoresca a base de hipérbolas animalizadoras: cuello de toro, obeso, torpe de movimientos y grasiento, de modo que «parecía una ballena»; pantorrillas que al andar tiemblan como gelatina; «se aleja con el aire de una vaca que atravesase un fangal», aunque otras veces parece «sigiloso como un gato». Es miedoso. Los *babús* son los indios con educación inglesa, y de ahí que siempre alardee de su formación universitaria. Habla con voz bronca, con registros burocráticos y muchos latinismos. Es algo sanchopancesco. Su ínsula Barataria, su sueño, sería ingresar en la Real Sociedad Geográfica de Londres. Son datos cómicos que reflejan una carencia, su desclasamiento respecto a su raza. Aunque esa educación occidental convive con su superstición oriental: agnóstico, recita conjuros. En fin, «ha perdido su personalidad y no pudo encon-

trar otra». Representa la India en transición, «el monstruoso hibridismo del Este y del Oeste».

El *sahib* Lurgan, el curandero de perlas, es un tipo raro y siniestro, de barba negra y un ojo con una sombra inquietante. Oficia en un local exótico, en Simla, la capital de verano de la India. Viste como un británico, pero habla inglés con acento extraño. Se interesa por la religión y la filosofía, habla como un joyero y está convencido de sus poderes. Enseña a Kim trucos, reglas mnemotécnicas y artes hipnóticas.

El coronel Creighton aparece como profesional, competente, frío, astuto. Es poco decisivo en la obra.

El *mahratta* E-23 es un personaje cuya función es mostrar el riesgo de la profesión, la capacidad de Kim para superar una prueba. Además, ilustra el colorido mosaico de castas indias.

Otros personajes

Dos mujeres desempeñan un papel de cierta importancia en la obra. La viuda de Kulú es «virtuosa, pero habladora sin tasa»; contrasta con la figura del lama, pues representa la preocupación por las cosas de este mundo: comida, hijos, sa-

lud, impuestos, criados, parientes, chismorreos... Pero es generosa, hospitalaria, indulgente con Kim. Y también mandona, supersticiosa, evocadora de recuerdos, muy interesada por el espectáculo de vivir.

La mujer de Shamlegh, «de piel clara» y «ojos audaces y brillantes», ofrece su amor a Kim, porque le recuerda a otro inglés al que amó en su juventud. Kim la rechaza, ella se irrita, pero luego desea ser recordada con afecto.

Los capellanes son un anglicano antipático y un católico algo más comprensivo e inteligente. Ninguno de los dos parece muy estimable.

Hay otros muchos tipos de interés, como el *jat*, el viejo soldado, digno y estrafalario, que recuerda sus días de gloria y opone al lama la vida militar como sacerdocio. En los atestados trenes viajan un *sij*, un campesino, el soldado...; los *culís* de las montañas forman un grupo coral de siervos en medio de la estructura medieval de aquel territorio himalayano.

La India, un país maravilloso

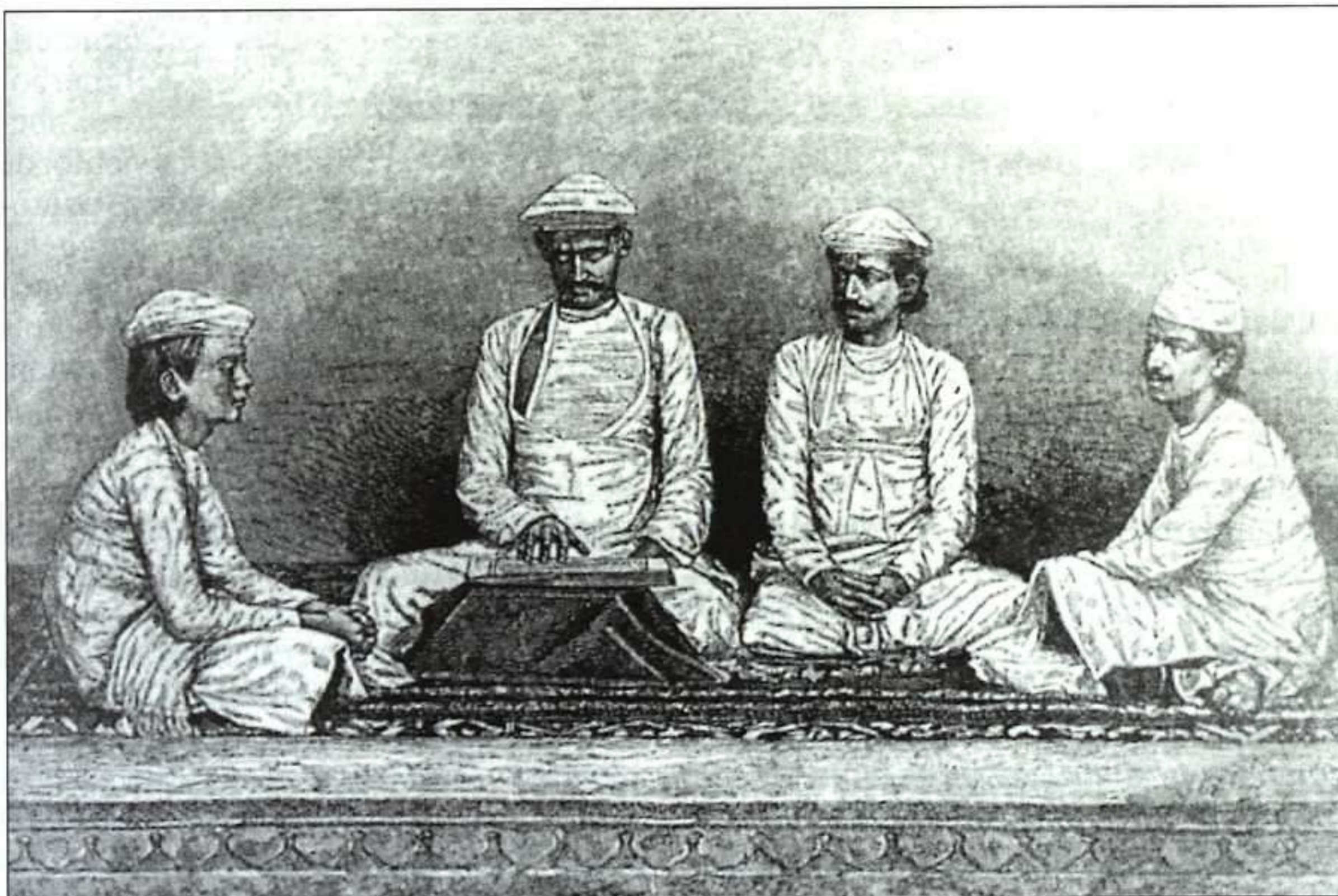
«Un hermoso país, el más maravilloso.» Esta frase resume el juicio evocador de Kipling sobre la India novelada, un

mundo multitudinario, variado y abigarrado, como un museo animado; la India es otra «Casa Maravillosa», denominación que se da al Museo de Lahore. La evocación pictórica, surgida del recuerdo emocionado y de la fantasía noveladora, es a menudo más atractiva que la intriga.

Y es que, como toda novela picaresca, *Kim* es un libro de ambientes. Basta ver la variedad de situaciones presentadas, un completo inventario. Las acotaciones descriptivas y los diálogos van escenificando variadas situaciones de la vida bulliciosa cotidiana, del «rugiente torbellino de la India». El viaje es el elemento estructurador de múltiples escenarios en esta «hermosísima tierra de la India, aunque la región de los cinco ríos —el Panjab— es la más hermosa de todas». La actitud descriptiva es con frecuencia entusiasta en el tono, interesada por el espectáculo, plástica y abarcadora; lugares, paisajes, luces, objetos, colores, gentes. Vemos a muchas personas con distinto atuendo, catadura, gestos, costumbres, modos de hablar... La India no es sólo un espectáculo que capta los ojos de un *sahib* británico, sino que, además, está vista en ocasiones desde la perspectiva de los naturales del país, como la veía Kim cuando era ganapán en Lahore, o como la había percibido Kipling de niño a través de las palabras y el trato de sus criadas y niñeras nativas. Incluso, se dice, esta visión con ojos propios es más humana, porque los occidentales «viajan sin alegría y ligados a su equipaje».

Las impresiones dominantes de este espectáculo son la movilidad y la variedad. La India es «el país de los peregrinos». Vemos mezcla de razas y religiones —mahometanos, hindúes, sijs, budistas, jainíes—, pues «toda la India está llena de santos que rezan en lenguas extrañas; soñadores, charlatanes y visionarios». Kim y el lama se encuentran a faquires, *yoguis*, sacerdotes, comerciantes, prestamistas, campesinos, soldados, ferroviarios, policías, mendigos, criados, prostitutas, cazadores, chalanés, magos... La India de siempre, sin la uniformidad que adquieren las sociedades modernas y desarrolladas.

Ya se ha señalado la precisión toponímica, los muchos nombres de pueblos,

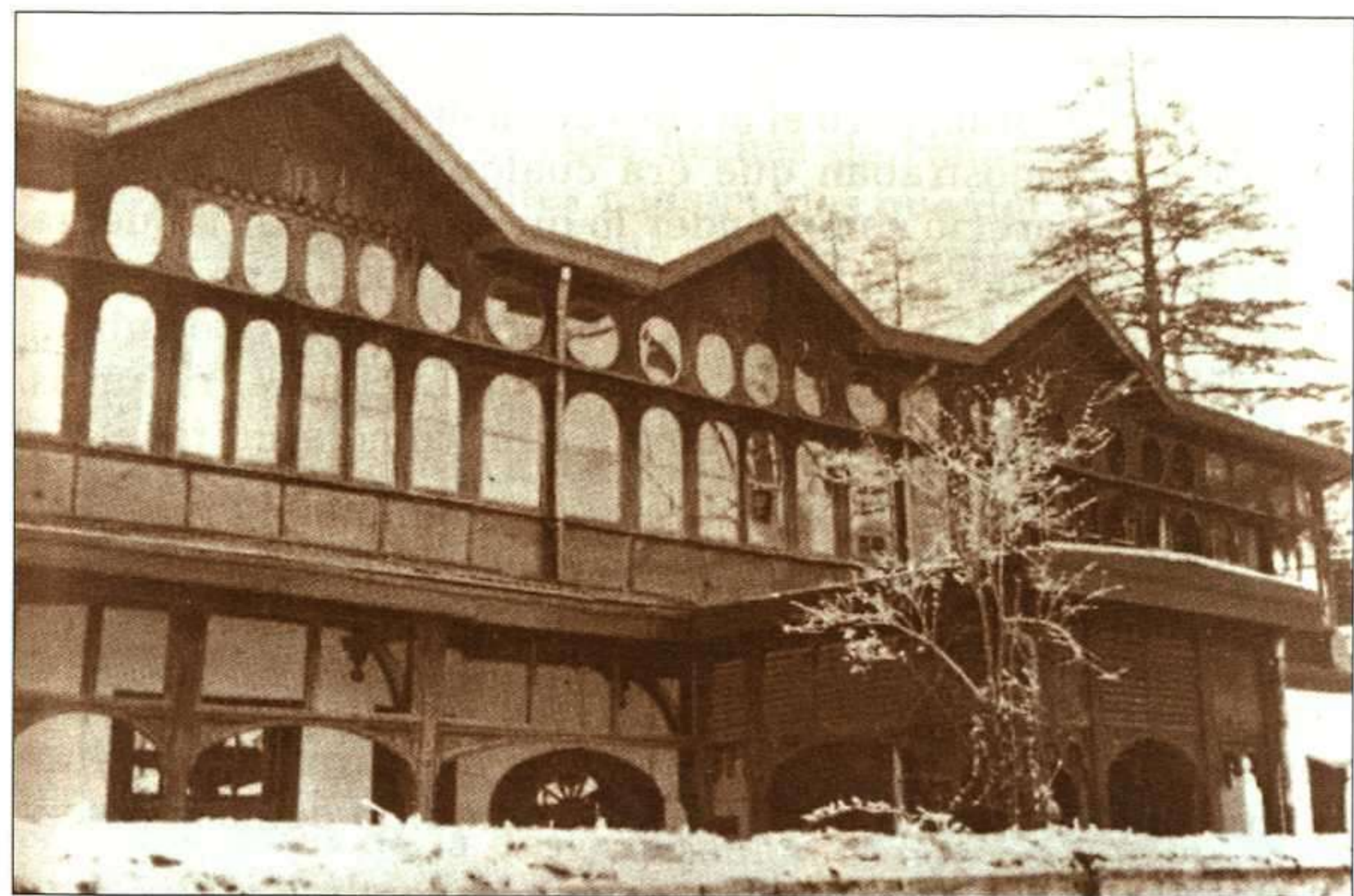


Sacerdotes brahmanes.

KIM, VICENS VIVES, 2000.



Compartimento de primera clase de un tren de la India en el siglo pasado. uno de esos «carruajes de fuego» a los que, en sorna, alude Kim.



Casa del verdadero sahib Lurgan en Simla.

ríos y montes citados. Pero hay una oposición espacial con alcance simbólico: la llanura frente a las montañas. En efecto, la llanura panjabí es el ámbito de Kim —en donde el lama se siente extraño—

y, por tanto, de su mundo, de lo material, del cuerpo y del deseo. El Himalaya, en cambio, es el país del lama, su ámbito nutricional, es el símbolo de lo espiritual, del alma y su ideal eterno.

Otros temas

En este escenario de la India, el relato plantea otros temas desprendidos de esta visión animada de la realidad. Son varios: la religiosidad en su sentido más amplio de creencia, rito y superstición; el costumbrismo presente en la relación entre amos y criados, policía y gente de la carretera, feudalismo y matriarcado en las aldeas del Tíbet. Hay interesantes observaciones sobre el comportamiento de los orientales respecto a los europeos.

También se trata la variedad de lenguas. En este sentido, son muchas las palabras de lenguas indostánicas que se transcriben en la novela. Algunas están justificadas por ser relativamente internacionales, como *sahib*, *badú*, *yogui*, *maharani*, *rajá*, *curry*, *sitar*, etc. Otras veces están justificadas por la necesidad nominativa —los nombres de etnias y sectas—, o por el gusto evocador de la voz propia, lo que contribuye a forjar esa impresión pintoresca y multitudinaria de la India.

Uno de los recursos que seducen al lector de la novela es la tonalidad. Esta tonalidad es variada: evocación encantada, humorismo sutil en algunos momentos, suspenso de la intriga, simpático acercamiento a los personajes, deslumbramiento por los ambientes. El novelista rebaja el dramatismo de ciertas circunstancias materiales y diluye el conflicto moral de un proceso histórico o de unas conductas violentas. A cambio, ofrece una historia entretenida, articulada sobre un conflicto de identidad y una dualidad compleja en las decisiones vitales: actuar o soñar, disfrutar o renunciar, dudar o creer. El compromiso afectivo entre el anciano lama y el muchacho buscavidas sobrevive a las vicisitudes de la anécdota como un mensaje que atraiga al lector hacia el libro. Y, sobre todo, la recreación de un país fantástico, animado y extraño. ■

*Eduardo Alonso es profesor y escritor.

Nota

Este artículo ha sido extraído de la introducción y notas que escribió Eduardo Alonso para la edición de *Kim*, de Vicens Vives, cuya primera edición es de 1989, y la última, de 2000.